

Juan José Vélez Otero

De *Otro milagro de la primavera*

APARTAMENTO EN OTOÑO

Todos se fueron ya porque es otoño
y apagaron la luz de los pasillos,
dejaron un silencio como niebla
en el jardín sin signos de verano.

La luna es grande y blanca en la ventana,
la luna es la farola de esta noche
de lunes, larga, larga, casi un río
de sueño y de infinito, casi miedo.

Aquí se oye el mar como un silencio
que no quisiera ser, como las hojas
de un viento que remueve la memoria.

Se oye el mar y es parte de esta casa,
la única con luz en la ventana
que da a los bares tristes y vacíos.

ERA BELLO

Era bello y tal vez lo siga siendo,
no es fácil olvidar lo ya perdido.
El resplandor fugaz de aquellos días
se oculta por las nieblas del invierno.

Crepúsculos de vida entre las sombras
son musgos de humedad, y son torrentes.
Un tiempo fui feliz o me lo creo
si pienso en los pomelos de tu blusa.

La música, el tabaco, los recuerdos,
la fúnebre razón de la existencia
y detritus de mosca en los cristales.

Es esta la verdad que me circunda.
El ave de tu luz cambió su rumbo,
voló como la sombra de una nube.

LA HERIDA

Hoy puedes constatar que estás herido,
que las moscas nocturnas del fracaso
han vuelto a colocar sus huevos tristes
en la carne sin luz y sin codicia.

A golpes de invención vives la vida,
descalzo de verdad y repudiando
la esclavitud del aire en los arcones,
la incierta vocación de las veletas.

Convives con el vértigo, el asedio:
el tránsito veloz de los deseos
jamás cumplidos en la edad vibrante.

Hoy puedes constatar que estás herido;
te inventas evasiones más propicias.
Lo mejor te ocurrió siempre en los sueños.

SIN

Sin vos, sin mí, sin ser, sin Dios, sin vida

(Francisco de Figueroa)

A quién le ha de importar que en esta tarde
los pájaros no existan, ni las sombras.
No hay lluvia, no hay calor, ni tiembla el frío
en la frontera abstracta de los vidrios.

No importa si es invierno en los aleros.
No hay luz, tampoco sombras. Las tinieblas
a quién han de importar estando muertos.
A quién le ha de importar que en esta tarde

los pájaros no canten, que apetezca
dormir sobre las lilas indolentes
y absurdas de los sueños fracasados.

Qué páramo en la piel, qué extraño día
de espesa soledad, tanto vacío
sin ti, sin Dios, sin mí, sin emociones.

LAS CARACOLAS DEL MIEDO

Esta voz de la lluvia en las cañas del frío,
el dolor de la luz arrojando el silencio,
una percha vacía, la bufanda en el suelo,
el latido que asombra porque suena a sustancia.

Se te nublan los ojos como acuarios de leche,
te parece la ausencia familiar como un nido,
y retratas los muebles, las botellas, los libros
por guardar los recuerdos disecados en páginas.

El sabor de los días no es sabor inmediato,
permanece dormido esperando el momento
en que llegue la noche llamando en las persianas.

Anochece la luz que despierta en el sueño.
Y amanece el recuerdo. En las jaulas, las mudas,
siempre huecas, antiguas caracolas del miedo.

TAL VEZ FUESE VERANO

Tal vez fuese verano y los jazmines
del parque estaban vivos. Por las noches
olían. Y dormían en silencio
los pájaros oscuros de las torres.

El mundo iba muy lento. Tú tenías
una blusa turquesa y unos ojos
muy grandes y una voz blanca y alegre
y unos pechos que no pesaban nada.

Recuerdo que reías, y mirabas
como quien mira a Dios, como quien mira
el mar desde los montes de la aurora.

Recuerdo, era verano y tú eras malva,
tenías en el cuerpo la dulzura
de las moreras blancas y los guindos.

LAS SIETE MENOS CUARTO

*No sé. ¿Y para qué se necesitan los poetas
en un tiempo mezquino?*

Hölderlin

Así, escuchar la lluvia como cae
detrás de estos cristales. No penséis,
epígonos y epígonos de epígonos,
que pienso estar creando nada nuevo;

qué puedo yo decir que no esté dicho.
Así, escuchar la lluvia como siempre
caer como cayeron tantas cosas.
Qué os voy yo a decir; mis ideales

están en la cocina, ya sabéis,
mezclados con los restos del almuerzo.
Las siete menos cuarto de la tarde.

Así, escuchar la lluvia en el brasero
matándome de gusto las varices.
Hoy nadie debe nada a los poetas.

DEMASIADO TARDE

Me temo que ya es tarde. Están los pájaros
dormidos y tú buscas una música
que sea diferente a estos papeles
y al latido callado del invierno;

tal vez una ilusión de espantapájaros,
chiquita como voz de caracolas,
una pasión varada en la memoria
o en la turbia tristeza de las venas.

El tiempo suena lento y, estancado
en los lucios helados de estos días,
no tiembla ya en las olas ni en sus luces.

Me temo que ya es tarde, soledad.
Se ha vuelto a poner gris, como la lluvia,
la vida y no hay manera de cambiarla.

UN ÓBOLO DEBAJO DE LA LENGUA

Ya sé que me encamino a mi tragedia,
no es nada nuevo, amor, no es nada nuevo,
lo sé desde hace tiempo, desde el cálido
y escueto espacio azul que ya no existe.

Por lo demás, es todo tan corriente...
el exilio del tiempo que me alerta,
la presencia del miedo que me enturbia,
el ruido insoportable del vacío.

Ya sé que es el invierno y que me duelen
las caries del fracaso y la saliva,
las oscuras escarchas del destino.

Ya ves que me encamino a mi certeza;
a los espejos rotos de la tierra
sin tiempo de vengarme de la vida.

COMO LA NIEVE QUEMA

Quema la soledad como la nieve
quema, como el transcurso de la noche
hiere. Con las aristas de tu hielo
he forjado una estatua en el insomnio.

Una vez más, sin ti, mi amor, la noche
ventisca es de este sueño que no llega.
Todo es sombra sin voz, sin la memoria
futura que aguardaba de tu carne.

Qué frío es el lugar donde la fruta
cedió su dimensión a los carámbanos.
Espero, y sé que nadie ya me espera.

La vida es esperar sin fundamentos;
desnudo bajo el cielo de tu ausencia
qué frío estoy pasando, amor, qué frío.